

La música de la Traviata, sus primeros compases... lo extraviaba.

Muy temprano en la mañana a través de los muros medianeros, las notas suaves y ensoñadoras le indicaban que su vecino despertaba.

En una de esas, arrebatado todavía por el sueño mientras preparaba el desayuno que le daría fuerzas para arrancarse de los brazos de la vida de los ojos cerrados... sintió un alumbramiento...

...amarla ...dejarla ir...

...aceptar la realidad tal cual se nos presenta...a pesar de ser tan sublime, saber perder....decir adiós...

El mínimo contacto físico con ella le embriagaba, le trasladaba allí donde cualquier persona soñaba con estar, si no en la mayor parte de esta vida, al menos en esa otra vida prometida después de la muerte.

¿para qué morir?

algo como la heroína...

...un puro enganche.

Enamorado de ella, de todo lo que aporta y porta sobre sí, ¿podría estar idealizándola?,

¿Y acaso no es así todo el tiempo?,

¿Acaso no miramos lo que acontece con los cristales graduados de nuestra proyección idealizada?... lo que queremos del otro, de eso...lo que nos gustaría, lo que debería ser...

... y sin embargo, lo sabemos (los libros de autoayuda que tanto denostan los intelectuales y que como fármacos de parafarmacia ingieren a millones la gente de a pie... los que tienen los pies en el suelo) ..sabemos, que a todo niño que crece, debería enseñársele una máxima indispensable para poder habitar esta vida, este mundo... su vida, su mundo:

“no se pueden forzar los acontecimientos. Lo que queremos es posible pero llega de otro modo en el que lo deseamos”.

Aceptar lo que nos llega en cada momento como si fuera lo mejor que nos pudiera ocurrir... ese es el camino para la serenidad...

...y las personas están tan faltas de ella...

En la soledad de su cocina, Traviata al fondo, sentía un inmenso goce al seguir la pulsión de aceptar las condiciones tal y como ella las planteaba...

Él la amaba, en cada encuentro quedaba expresado, marcado en la piel...pero ella no estaba preparada para una relación biunívoca en lugar de ello, llevaban una relación biequívoa (los dos andaban equivocados)...

Él quería cotidianidad, goce y proyecto en común.

Ella, perdida en el mar de sus 35 años, nadaba y nadaba sintiendo la angustia del océano rodeándola por todas partes... ¿hacia dónde ir? ¿dejarse llevar por la corriente? ¿esa misma corriente que te llena de canas y arruina el cuerpo...ese cuerpo que justo en ese momento había alcanzado la madurez de la fruta carnosa?.

Se conocieron con un tirón de brazos. Ella lo siguió... tras eso desapareció por un tiempo. Él tenía miedo de que algo tan gratamente intenso se pudiera repetir. ¿Podría ocurrir de nuevo? ¿no habría sido cosa del azar?... y cuando de nuevo, ella que lo estuvo buscando por los bares, un día dio con él, lo invitó de inmediato para desterrar esos miedos de su cabeza... no era azar...era lo inevitable...

...y así se embarcaron hacia la isla donde todo se para, aunque sea a rachas, a ráfagas de momentos donde merece la pena y compensa, el resto del tiempo espectacular que como una condena pesa sobre esta “sociedad moderna”...

...y así, como decía el poeta, se amaron por los poros, por todos los orificios de su piel...

Pero, ¿era eso amor?.

Y aquí lo importante no es saber contestar, o pensar y hallar una respuesta, no hay que darle vueltas a lo que no necesita del lenguaje.

Lo importante aquí es que surgió la pregunta, el motivo es ya otra cuestión y podemos tocarlo en otro momento. Que la pregunta surgiera era la evidencia misma de que eso que estaba ocurriendo, a pesar de ellos, a pesar de sus miedos y sus proyecciones de vida, ...eso tan indescriptible...se ponía en cuestión, tenía pues, que ser llevado al tribunal de la palabra,... al estrado del Señor Juez Pensamiento...y cuando hay algo que tiene que ser juzgado...alguien pierde... y así nos va.

Perder, vuelta a ello. Perder, se pierde siempre. De saber perder se trata, aunque no es lo mismo aceptar la pérdida a que te venga impuesta...

...ahí radica la diferencia entre...la aceptación mutua de la realidad del otro y la imposición

implacable, inexpugnable de una voz superior que dicta lo que hay o no hay que hacer. Siempre con violencia. Siempre, por tanto, con sufrimiento.

Amor... no sabemos que es...pero no será nunca el resultado de una lucha, de un forcejeo. Parece que las mujeres saben más de ello que los apolíneos hombres...

... la imagen idea de la cocina...le propiciaba goce...

... amarla tal cual ella planteaba, dejarla libre, dejarla ir. Sin exclusividad. A pesar de su necesidad interior de que se diera ese goce a diario, de continuo.

Dejar la heroína...quedarse con la mujer de a pie. Esa que sin palabras, ni razones, se le metió en la cama, por debajo de la piel... y que le procuraba el goce eterno de la otra vida en esta misma.

Dejarla ir, aceptar que al igual que ella... hay más instantes goce por venir y por venir que no quede.

Vivir con la tranquilidad de ello, por venir o por no venir... y saber dar gracias cuando venga, porque al igual que la propia existencia ...todo ...todo...es un regalo...y con esa idea deberíamos vivir.